

“La artillería calla de noche lo que teme escupir erradamente, y exclama de día lo que asevera un blanco seguro”.

PROMESAS EN ISHAAFEN

Segovia, enero de 1905.

Ánima, acepción repetida hasta la saciedad entre las cuatro asfixiantes paredes de lo que desde hace unos largos meses es mi hábitat natural como Cadete de esta Academia de Artillería, Convento a modo de Alcázar, o Alcázar hecho presidio, no sabría precisar con corrección artillera qué monje viste a qué santo, o si por el contrario es el santo quién asiste al clérigo, pero con una certeza casi absoluta puedo aseverar que las frías paredes de esta institución confieren a este aterido cuerpo un halo de sobriedad que no había ostentado hasta mis recién estrenados 16 años.

Cerca de cuatro meses que dejé atrás los verdes olivares de mi Jaén natal, y no acabo de acostumbrarme a este clima castellano, duro y seco, donde reina un sol hereje, que luce pero no calienta, y donde la calidez de mi tierra es ya una simple y lejana añoranza, al igual que lo es el áspero y tibio tacto de las manos de Madre, hechas a trabajar en labores propias del campo desde que faltó Padre, y que no podía disfrutar hasta que el fuego del brasero obraba la magia de calentarlas y las posaba en mi rostro al final de la dura jornada.

Pasaba los días entre el hastío de la escuela y la terrible obstinación de mis hermanas mayores, quienes cuidaban de mí en ausencia de Madre, de la observancia más fiel de la pulcritud en el aseo, condición heredada de la familia de Padre, que si bien no llegaban a terratenientes, tampoco eran simples manijeros; y que por ventura de mi abuelo, héroe de no sé bien que guerra, había medrado en la sociedad de provincias del Jaén que despertaba después del ostracismo, que por generaciones habían dejado los gabachos tras su paso por las serranías antes de dejar el pellejo y las honra entre las chumberas de las postrimerías de Despeñaperros.

Y debido a esa guerra tan lejana como desconocida, al papel de mi abuelo en aquella gesta y a los favores devueltos una vez faltó Padre, que me veo esta mañana de febrero, formado frente al Sr. Coronel Vidal, Director de la Academia de Artillería, junto al resto de imberbes mozos, embutidos en el uniforme de media gala, ateridos de frío, con el mínimo de ánimo castrense para pasar el día, y con la visión recurrente de un mar de olivos grabada en la memoria.

Lázaro es mi nombre, Cadete Lázaro Ruíz Martos reza el estadillo diario de la Bateria de Alumnos, y así, con la sorna del anónimo escritor al pobre Lazarillo, me conocen los hermanos que no me dio Madre, y que mi mismo Rey Alfonso ha tenido a bien proveerme, hermanos de tan distintos parajes, que gracias a sus relatos he sido capaz de formar en mi joven retina un esbozo de lo que es esta España, encorsetada a veces, orgullosa madre que nos recuerda de dónde venimos y hacia dónde vamos, escondida en cada paso que doy por el patio húmedo en las mañanas de invierno durante el recorrido a las aulas del piso superior.

Tras el largo pasillo de la nave superior del Convento de San Francisco, se encuentran las aulas donde parece albergarse los más curiosos y sorprendentes artilugios, testigos mudos de conocimientos relativos a los números, la geometría e incluso las fases de la luna, y de donde bebe mi inquieta mente hasta de los silencios forzados por la falta de aire del Teniente Coronel Odriozola, enclenque artillero y fumador empedernido, que a base de calcular trayectorias sorteando entre tiros curvos y tensos las mulleras más duras. Maestro rural, pasó de impartir clases en una pequeña escuela perdida entre valles, a ser promovido a Oficial por méritos de Guerra.

En un principio no fui consciente, pero esa curiosidad mía, alentada por el Teniente Coronel Odriozola ha hecho que lo que pudiera considerarse un suplicio, sea la experiencia más gratificante desde que me encuentro entre estos patios y galerías; me encuentro extrañamente regocijado entre teodolitos, correctores de derivas, platillos de alcances o clinómetros. Las más enrevesadas cuentas matemáticas han dejado hace semanas de ser un misterio para convertirse en un lenguaje sencillo y sutil, donde se vislumbra entre fórmulas un espeso humo algunos días, y un familiar olor a pólvora otros tantos, suma de ambos que hace desembocar inequívocamente en el domingo, día donde lejos de descansar la mente del ajetreo propio de los tratados de puntería indirecta o del proceder con un goniómetro y dedicarme a lo propio de un muchacho de mi edad, mas mis pasos me llevan irremediabilmente al malogrado y oscuro Alcázar, solo, con las manos asidas entre ellas por detrás, saludando sin demasiado afán a cuanto transeúnte encuentran mis pasos, y con una única idea fija en la mente. Pues desde mi llegada a Segovia, y con los lógicos traspies de hacerse a la vida castrense, he conseguido un difícil equilibrio entre lo que se espera de mí y lo que yo espero de mi nueva vida.

Ayuda en su justa medida el sentido de austeridad con el cual me he criado y que se encargó de dejar indeleble Madre, sentido que adquiere su máxima expresión cada vez que visto este uniforme y en cada ocasión en que mi memoria viaja irremediabilmente a la subida del Castillo de Santa Catalina, cuesta que a paso vivo, y con tan solo unas alpargatas gastadas, recorría de madrugada los días de verano en busca del último fresco con el que mitigar las tórridas noches Jienenses, y sobre todo, en busca de algo que en ese momento no sabía que guiaría mis pasos, y que ahora, gracias a abrirme a la vida y a las ciencias siento que tengo más cerca, a pesar de salir en su busca cuando apenas estaba naciente y pese a ser sabedor que, a modo de un mal amor, su proximidad quemaría mi ser hasta hacerlo volátil como la misma pólvora.

- ¡Y no es menos cierto caballeros, que teniendo como referencia el sol, y por tanto la sombra de su proyección, podríamos hacer blanco con los avances que la técnica nos confiere! - , afirmación disfrazada de pregunta, muy típica del profesor Odriozola, y hasta cierto punto, praxis común de la enseñanza en la artillería, donde inculcar que el pensar después de disparar no suele traer nada bueno, y el pensar antes del disparo acarrea muchos quebrantos de cabeza y algo para lo cual no estamos preparados ninguno de mis compañeros de armas, y no es otra cosa que el miedo a errar, el humano terror a equivocarse una trayectoria por un mal cálculo, un mal aposentamiento de una pieza, una contrabatería no tenida en cuenta. Es por este principio por el cual la duda se asienta dentro de uno, y las acciones u omisiones siempre circunvalan esta idea y asestan un golpe mortal a cuanto certeza cree tener uno sobre la materia, dudas, dudas que no precisan de tierra abonada para crecer, puesto que la misma condición humana sirve como mantillo, y solo tras albergar la duda, vivir con ese martirio durante unos instantes tras hacerla tuya, y una vez comprendida y asumida, el artillero renace libre.

Madre, ojalá pudiera contar con tu calor durante ese instante en el que la incertidumbre me aterra.

Padre, cuánto tiempo me faltó pasar en tu compañía.

Los meses trascurren lentos, y el largo hastío de este invierno deja espacio para la floración de la primavera, anunciada por el calor que regocija mi cuerpo y mis sentidos, y que parece florecer al mismo tiempo que las riberas del Eresma verdean a su paso.

De regreso de mi paseo dominical, costumbre que lejos de remitir, pareciera que se enquistaba en mi ser, detengo mis pasos en el edificio que alberga el laboratorio de química y de pronto mi mente vuelve a imbuirse en fórmulas y matraces, y por un instante fugaz mi cabeza se pregunta algo que hasta ahora había estado oculto por el mayor de mis temores, ¿sabré qué hacer llegado el caso de tener que poner en valor todo lo que prometí cumplir al llegar aquí?, ¿seré digno de mirarme a la cara después?, demasiadas preguntas con una sola respuesta, y el miedo a que la contestación a todas ellas no me satisfaga flota entre los árboles del mirador de San Marcos.

Se hace tarde y trato de apretar el paso para llegar al convento a la hora de la Santa Misa.

El Páter Miguel, párroco interino de la Academia, difiere totalmente de los curas que había conocido hasta ahora; seminarista en Ibros, dejó caer sus jóvenes huesos en Segovia, según sus propias palabras, por el amor que profesaba a la cultura romana y a los múltiples ejemplos de ello que en esta Ciudad se encuentran. Amante a tiempo parcial de la astronomía y del estudio de los cielos menos católicos,

manteníamos largas conversaciones las cuales irremediablemente se hilvanaban alrededor de nuestra tierra y, por tanto, a nuestros orígenes, humildes en ambos casos. Debido a sus numerosos viajes a su diócesis Jienense y a la proximidad de ésta con mi casa, recibo de su mano, y con cierta cadencia, correo de Madre. Cartas extensas, escritas con trazo firme, donde relata el devenir del campo y su cosecha tras las incipientes lluvias de primavera, de la felicidad de mis hermanas al comprobar que todos sus desvelos hacia mi persona han surtido efecto y que paso a paso van moldeando a este niño que dejó sus regazos hace unos meses hasta dejarlo hecho un hombre. Lo que ellas no saben es que el artífice real de este cambio no es otro que el uniforme, liviano algunas veces, y pesado la mayoría del tiempo. Sé también por esas letras de la bonanza del campo, de la llegada a Jaén de las primeras máquinas hidráulicas que prensan la aceituna sin esfuerzo de hombres y bestias de tiro, de las crecidas del Jándula, así como de infinidad de pequeños guiños de la rutina de casa, noticias que crean en mí una inmensa melancolía pero que, a su vez, consiguen dibujar una amplia sonrisa en mis labios.

En unas semanas finaliza el curso, los días trascurren lentos, pero con paso firme y las últimas prácticas de tiro se desarrollan de un modo satisfactorio. Pareciera que estaba predestinado para mandar una pieza desde la misma cuna, pero a pesar de la íntima satisfacción cuento los días para cambiar la oscuridad de las galerías y la algarabía propia de nuestra juventud por la cadencia del paso de las horas de verano sentado a la sombra del porche de casa, con mi perra Canela retozando entre mis pies y el agua fresca del botijo resbalando por mi pecho entre la camisa abierta. Será a finales de verano cuando vuelva a sentir mi cuello abotonado hasta la gola, pero mientras tanto, me prometo a mí mismo ensuciarme los pies de polvo caminando por entre el olivar hasta los últimos días de agosto.

· _____ ·

Segovia, agosto de 1905

Hoy se acabó el mundo durante unos instantes, y no fuimos conscientes de ello hasta bien pasadas las horas. Del estupor inicial, pasando por el miedo a lo desconocido, se llegó al hecho de desencadenar en el interior de la academia una febril actividad a cuenta de algo que mis jóvenes ojos no habían presenciado anteriormente. Simplemente enmudeció el sol, durante solo unos instantes, es cierto, pero se ocultó a la vista de todos a modo de esos magos de feria, que de pequeño podía disfrutar cuando, en abril, acudíamos en familia a la romería de la Virgen de la Cabeza en la cercana Andújar.

Estruendo de pisadas jóvenes por las galerías en busca de las aulas, aunque en realidad, lo que buscábamos eran respuestas que calmaran nuestros miedos y especulaciones. Respuestas que fueron llegando clase a clase, explicación a explicación, aunque no fue hasta que nuestro Maestro Odriozola, desde la más cínica de las actitudes, lanzó una pregunta al aire a la que ninguno de nosotros supo darle pronta respuesta.

- ¿Cómo tomarían referencias y distancias, todo ello en milésimas artilleras, si de lo inesperado perdieran la referencia del Acimut respecto al plano que otorga la luz del sol? -

Un incómodo silencio se apoderó de la estancia, desde el fondo se escucharon unos tenues murmullos que fueron creciendo hasta que, súbitamente, el Teniente Coronel ordenó silencio. Ciertamente es que la artillería calla de noche lo que teme escupir erradamente, y exclama de día lo que asevera un blanco seguro, pero esta pregunta, junto a la incerteza de la respuesta, tambalea los cimientos de lo que hasta ahora creía saber.

El nuevo curso en la academia comenzaba de un modo excitante y así lo creíamos todos a pesar de tener aún muy presente los meses de asueto veraniego. Será un año lleno de retos personales, de largos paseos dominicales acompañado solo de mi sombra y mis recuerdos.

El Riff, marzo de 1912

Atrás quedó enterrado en el tiempo aquel joven imberbe, dejando paso a modo de crisálida a este Teniente de Artillería. El periodo académico dejó en mí una huella indeleble, el devenir de los cursos no hizo más que terminar de despertar en mí un voraz apetito por aprender, forjó el carácter del hombre que hoy soy, si bien es cierto que no he querido despojarme del niño que una vez fui, aún en las frías noches en este desierto me templó el recuerdo de esos años a la sombra del acueducto, siendo ya un hombre. El recuerdo de las conversaciones con el Padre Miguel reconforta mi alma aún después del paso de los años, el esbozo de tantos paseos, de algún amorío castellano olvidado ya entre el polvo de este territorio hostil y peligroso. Hace solo unos meses que llegué en vapor a Melilla y ya pareciera que llevo en este continente una eternidad.

Con orden de posicionar las piezas a tiro del barranco, llamado del lobo, y de aciago recuerdo para nuestras tropas, consiento pasar largas semanas en esta posición, donde lo único reseñable se limita a cuidar de ganado y piezas, cañones alemanes y franceses en su mayor parte. El tiempo transcurre lento, oteando a la inmensidad desde el asentamiento no se observa nada, pero al caer la noche, cualquier ruido en la alabrada de la posición

nos vuelve locos. Agudizar el oído no basta, y los centinelas temen ser degollados como perros por cualquier rifeño durante el puesto.

Berenguer nos visita hoy camino de entrevistarse con El Mizzian, jefe de las cabilas locales. Del resultado de esa visita depende en gran parte mi devenir en esta tierra. Ojalá pudiera estar en tu compañía Madre, pero otra vez más me siento presa de mi destino, que, escrito en lo más profundo de mí, quizás me dé oportunidad de contestar a esas preguntas que me hacía cuando era un simple Cadete y a las cuales mi intuición me dice que pronto obtendré respuesta.

Esta tarde, después de agotar todas las cargas he ordenado enterrar los cierres de las piezas fuera de la posición. Vamos a perecer aquí, mis hombres lo saben y solo puedo asentir cuando me preguntan con la mirada. Nadie habla, alguno llora, otros maldicen y los más miran con miradas glaucas el margen del río Kert por donde es cuestión de horas que aparezca una jarka dispuesta a tomarse su revancha y nuestros cuellos a un tiempo. Mi sentido del deber queda aquí, mi mente hace horas que voló al porche de casa, donde aguarda Canela, vigilante al menor de mis movimientos, y donde a la sombra de la vieja parra cerraba mis ojos durante la hora de la siesta. Repaso mentalmente si he dejado alguna enseñanza al descuido de mi memoria, algún resquicio que nos saque de aquí a todos vivos, pero no es así. Los ases de la manga salieron hace semanas en alguna jaima olvidada entre el Teniente Coronel Berenguer y el mismo Jefe Riffeño, ganando éste último la mano con la cual nos vemos ahora aquí, rodeados de la más terrible soledad, esperando un fin cierto e injusto, que si bien parece ganado a pulso no es más que una triste concatenación de destinos encontrados.

Hombres y bestias sufren un duermevela eterno. El contar las horas se vuelve algo despreciable, fútil resorte que no hace más que eternizar lo inevitable, se vislumbran escaramuzas y movimientos al otro lado del río, y dentro de la posición el heliógrafo no deja de transmitir mensajes, que han dejado de ser desesperados para pasar a tener un triste aire de resignación. Observo a mis hombres absortos y no me cuesta trabajo descifrar donde vuelan sus últimos pensamientos; hogares cálidos donde humea un guiso en el fuego, voces alborotadas de hijos o hermanos jugando despreocupados en el patio, el calor de una mujer esperando en el lecho, la ajada mejilla de una madre o la espuma de un mar embravecido. Todos ellos dejaron su destino en mis manos durante un instante, y ahora solo puedo devolverles una mirada llena de culpa en cada ocasión en la que me acerco al asentamiento de las piezas, ahora mudas y cubiertas de un fino polvo.

- ¡Recoged cuanta munición de mauser quede y al parapeto, marchamos de aquí! –

No he tenido que repetir la orden dos veces, exhaustos, sucios y asustados, los hombres obedecen quizás por última vez. En estas circunstancias bailamos con la más fea, pero es preferible eso a dejar el pellejo sin ponerle precio.

Me ha costado levantarme esta mañana para asistir a la reunión. El cansancio, la falta de sueño y alimento hace que cualquier movimiento sea un suplicio, pero tras visitar a los hombres acudí a la reunión de jefes. Citados la tarde anterior por el Jefe de la posición, vamos llegando uno a uno a la tienda de Mando los Jefes de la diferentes Unidades sitiadas. La situación ya no deja lugar a dudas, y así lo trasmite el Comandante de Ishaafen, dándonos vía libre de acción y dejando la decisión de evacuar o quedarse en el reducto con tan solo dos premisas de obligado cumplimiento, la primera será abandonar la posición al alba, antes de las primeras luces, y la segunda, y no menos

aciaga por el orden, cubrir la retirada con mis hombres. Serán los últimos en abandonar la posición, o los primeros en morir, eso está por ver.

Llega la hora, y en este momento empiezo a sentirme dueño de mi destino. Endeble afirmación ahora que solo tengo uno en el horizonte y nada halagüeño, pero las respuestas a tantas preguntas acuden a mí en tropel, tantos años al borde del precipicio, y hoy que siento la caída más cerca, encuentro la luz que me faltó durante tantos momentos.

Los hombres muestran un estado a medio camino entre el miedo y la resignación. Hace unos minutos que marchó la columna amparada en la noche, y en plena alborada me encuentro en pie, cerca de la alabrada, los sentidos cercenados para no sucumbir al primario reflejo de huir; quijada apretada entre un rechinar de dientes, las manos apretadas, una al sable y la otra al recuerdo de Madre, y del modo en el que estaba escrito, llegó el momento de responder a tanta duda y cumplir lo que un día, muy lejos de aquí me prometí cumplir.

Madre, ojalá pudiera contar con tu calor durante este instante en el que la certeza me aterra.

Padre, cuánto tiempo me faltó pasar en tu compañía.

• _____ •